

McGarvey, Darren (2019). *Safari en la pobreza. Entender la ira de los marginados de Gran Bretaña* [A poverty safari: understanding the anger of the marginalised in Great Britain]. Madrid: Capitán Swing. 272 pp. ISBN: 9788494966712.

Safari en la pobreza es un libro de corte casi auto-etnográfico en el que el autor, Darren McGarvey, trata de investigar el modo en el que la pobreza se traduce en disposiciones psicológicas personales y cómo su progresivo abandono, tanto de las instituciones públicas como de la izquierda tradicional, genera una ira entre la gente de la clase trabajadora que puede llevar al auge de opciones políticas de extrema derecha.

El retrato de las condiciones materiales y sociales a las que se ven sometidos los habitantes de las zonas marginales de Glasgow sigue la trayectoria de la propia vida del autor, cuyos vaivenes vitales y el desarrollo personal componen la reflexión política que acompaña a la descripción del entorno urbano hiperdegradado.

Para las clases medias y gran parte de los discursos políticos occidentales, la pobreza es algo incómodo y desconcertante que convive muy mal con la riqueza material y el bienestar social del que hacen gala estos países. De alguna manera suena como algo completamente ajeno, como un mundo aparte. España puede ser una de las grandes economías de la Unión Europea, pero con el 40% de pobreza infantil (https://elpais.com/politica/2017/04/13/actualidad/1492085400_707384.html). En las peores zonas de Glasgow la esperanza de vida ronda los 51 años. Para cualquiera que no esté en contacto directo con esa realidad le parecerá como si le estuviesen hablando de las favelas de Río de Janeiro. Por este motivo, McGarvey nos invita a un “safari” por la pobreza, con la esperanza de que la experiencia directa con las condiciones de los excluidos pueda ayudarnos a entender el origen de su ira y abrir la posibilidad de cambiar ciertas formas de acción política.

Sin ninguna pretensión de rigor científico o académico, McGarvey apunta los posibles mecanismos por los cuales las condiciones

materiales de precariedad, que encuentran su expresión en la violencia cotidiana, las adicciones a sustancias tóxicas y la ausencia de redes sociales de apoyo o cuidado, acaban inscribiéndose en los propios cuerpos de las personas y modelando su personalidad. El efecto del estrés continuo en la construcción de la vida emocional de las personas, la precariedad alimentaria, la violencia como respuesta de supervivencia ante un panorama social desolado y unas familias disfuncionales se traducen en itinerarios vitales marcados por el riesgo y relaciones dañinas para la persona y para los demás. El ente abstracto llamado pobreza se encarna y se hace visible en la vida de las personas a quienes afecta. La experiencia de la pobreza, contada por una persona que la ha sufrido, aporta información extremadamente útil para una sociología de la desigualdad y, muy especialmente, para aquellas personas que desarrollan su actividad en entornos y con personas como las descritas por McGarvey.

Sin embargo, el hecho de la pobreza no sea algo que simplemente “ocurre” posee una dimensión política fundamental. Como él mismo reconoce, la pobreza es fruto de la desigualdad. Hay un componente estructural que atraviesa la experiencia subjetiva de la pobreza: la clase social. Este es, quizás, uno de los puntos centrales para entender la ira de los excluidos contra el sistema político. Las clases subalternas se saben diferentes del resto de la sociedad y parte de un sistema que las ignora o las trata como menores de edad. Las diferentes intervenciones políticas de los que son objeto, los barrios marginales de Glasgow, comparten la misma óptica, arriba-abajo, y la exclusión de las necesidades de los residentes. No es de extrañar, pues, la desconfianza y la apatía respecto del sistema político que muestran los pobres.

McGarvey habla del “efecto Mateo” para referirse a los sesgos y vicios en los que incurrir las intervenciones públicas y las consideraciones acerca de los habitantes de zonas marginales que se hacen desde la política. De alguna manera, el sistema está diseñado para dirigirse a aquellos que ya se movilizan electoralmente y que son los principales destinatarios de la acción política: las clases medias. Este hecho tiene el efecto perverso de desincentivar cualquier participación de las clases populares en el ámbito de la política “legítima”, y hasta de fomentar la actitud de apatía y desconfianza respecto del mismo. En el mundo de las intervenciones públicas, las poblaciones marginales adquieren el estatus casi de nativos de un país colonial, a los que se debe civilizar, pero con un rol pasivo, pues no saben ni lo que es bueno para ellos.

Este abandono por parte de las autoridades públicas estaría siendo capitalizado en términos políticos por una derecha política “mucho menos inhibida que habla el lenguaje descartado de la lucha de clases”. La reflexión política de fondo quizás sea la parte más polémica del libro, en donde el autor confronta directamente con la deriva tomada por las fuerzas políticas de izquierdas, al menos en el mundo anglosajón, en donde el discurso habría sido hegemonizado por las llamadas *identity politics*. Este quizás sea uno de los debates más de moda dentro del activismo político y probablemen-

te también sea el más estéril. La mayoría de las veces el debate “lucha de clases” vs “interseccionalidad” suele redundar en convertir al adversario en un muñeco de paja culpable de todas las desgracias sucedidas a la izquierda desde la segunda mitad del siglo XX.

No obstante, su feroz crítica en ocasiones no del todo justa, como él mismo reconoce, le sirve para introducir su reflexión política más importante: la reivindicación de la potencia política del concepto de responsabilidad personal. Este tiene que ver con relativizar la posición propia, con hacer un ejercicio de caridad epistémica con otras posiciones y, en el contexto de su propia biografía, con el ser capaz de hacer el ejercicio de voluntad necesario para dejar de lado las conductas autodestructivas y entender las consecuencias que las acciones personales tienen sobre los demás, ya sea su padre, su madre o su hijo. Es una propuesta interesante y con amplias repercusiones en el campo de la intervención social. Puede que no plantee la mejor argumentación ni la más coherente, pero abre la puerta a un debate muy necesario y que muchas veces ha pasado desapercibido en el campo político progresista, a menudo excesivamente concentrado en las determinaciones de la estructura social.

Alejandro Pérez Lozano
Universidad Complutense de Madrid
alejap05@ucm.es